

Andrés Trapiello
LA TINTA
SIMPÁTICA



«La tinta simpática»> es la historia de un pintor y, en el enigma de un cuadro, debate el de toda su vida, que es al cabo el enigma esencial de cualquier vida humana, escrita con trazos que sólo la luz del tiempo hará visibles. Una singularísima capacidad para la creación de atmósferas —desde una Roma tan bella como ajada hasta la fantasmagoría macabra de una España en guerra— y unas dotes infrecuentes de observación sirven a un relato, irónico cuando quiere serlo y conmovedor en su melancolía esencial, que constituye una lúcida recapitulación del sentido último de la trayectoria del protagonista y, en ella, del alcance de las relaciones entre arte y realidad, entre experiencia y simulacro, entre lo vivido con plena conciencia y lo sólo intuido confusamente en la dispersión aventada de la cotidianidad. «La tinta simpática» revela a un nuevo narrador que posee un mundo y un estilo propios, perfectamente definidos desde ésta su primera y provechosa salida.

CAPÍTULO PRIMERO

Los adioses de un cuervo. Se oyen las campanas de San Giacomo. Una mujer, Mozart y unas fotografías.

—Hoy va a hacer bueno.

Estaba amaneciendo. En el cielo violeta, casi negro, flotaban algunas nubes y los palacios, las fuentes, las iglesias, las fúnebres prefecturas parecían figuras taciturnas, hoscas y enemistadas. Empezaba a clarear y dio la impresión de que un cuervo se iba a posar sobre el Panteón, pero no. Batió pesadamente las alas, se elevó y desapareció en la lejanía, siguiendo los pasos de la noche.

—Hoy va a hacer bueno.

Acodado en el antepecho de la terraza, un hombre miraba la ciudad en calma. Pero él no lo estaba. Se había levantado dos horas antes que de costumbre.

El aire puro le invitó a encender un cigarrillo y aquel admirado silencio quedó roto. El humo le raspó los bronquios con zarpazo inmisericorde y Corso tosió como los fumadores empedernidos, viejos y en ayunas. Era el primer acorde de un arpa destemplada. Pero la providencia, platónica y amante de los órdenes clásicos, trató de armonizar aquel instante de la mañana y empezó a sonar, muy lejos, una campanita.

Escuchó el repiqueteo del oratorio de San Giacomo. Subía hasta él sin esfuerzo, abriéndose camino entre cuatro

callejas. Eran campanadas menudas que sonaban a dedales de plata. Volvieron a oírse. Un pequeño tropel de aquellos sonidos tan alegres le alcanzó cuando iba a seguir dando rienda suelta a sus lucubraciones. La bóveda del cielo con algunas estrellas desertoras y aquella musiquilla de la esquila de San Giacomo lo confirmaban. Eran notas alegres, cascabeles piadosos, pero Corso sólo tenía en ese momento pensamientos negros, de taciturno y de viejo.

Había amanecido casi por completo. Apenas si quedaban aquí y allá algunas farolas encendidas y unos pocos letreros luminosos se destacaban malamente. Empezó a sentir frío. Cruzó los brazos sobre el pecho y trató de abrigarse con las manos los hombros y el cuello. Se estremeció ligeramente, como esos gorriones que se esfuerzan por sacudirse de las alas unas gotas de lluvia o unos copos de nieve. Le vino de alguna parte el deshilado perfume de una tahona y creyó reconocer el olor del sésamo, el de la levadura, el de la crema caliente.

De ese modo empezaba Giulio Corso el día en que cumplía setenta y dos años. Guardó silencio y comprendió que todo aquel mal humor, macerado durante la noche, lo destilaba el alambique del tiempo. Setenta y dos años, casi tres cuartos de siglo. "En Roma el tiempo se mide por siglos", murmuró. Su frente se llenó de pliegues, el ceño se le contrajo y la boca se curvó en un rictus de distancia y fatalidad. Eso era todo: setenta y dos años.

Dejó que sus ojos se posasen a lo lejos, más allá de San Pedro, lo que producía el efecto contrario: que se los estaba clavando dentro de sí. Buscaba no pensar en nada y se fijó en la manera que tenía el sol de subirse a las cornisas, de montarse en pináculos y campaniles. ¿No tenía setenta y dos años? Resopló de frío.

Volvió a sacudirse los brazos. Los tejados de las casas cercanas a la plaza de la Minerva y las terrazas de Roma se iban aclarando definitivamente. No conseguía quitarse el frío de encima y terminó por entrar en el salón. Salió a reci-

birle una tibia y doméstica atmósfera de bienestar. Del sistema nervioso se le escapó un involuntario respingo de gusto que le causó un pequeño terremoto en todo el cuerpo, como un cosquilleo epiléptico. Por sus venas empezaba a correr la sangre de otra manera. El sutil y delicado aroma de la tahona había logrado derribar brutalmente las puertas de su apetito y lo que sentía ahora era hambre. Le maullaron las tripas.

En una bandejita de laca roja puso una taza y sobre un plato un buen pedazo de *brioche* del que la luz sacaba susculencias artísticas y magníficos colores. Se le veía en la base un fondo quemado, le brillaban las paredes tostadas y el azúcar, solidificado y dorado, le nevaba la cúspide.

Al lado del *brioche* puso Corso una servilleta en donde se veían unas cuantas flores sembradas al azar. Flores sin nombre, sin edad, sin estación. En un movimiento algo brusco se le derramó un poco de café de la taza, que cayó sobre la servilleta. Decididamente aquel desayuno era el de un artista porque Corso reparó al punto en la mancha sobre la tela inmaculada. Le pareció que la sombra de una nube se había posado en aquella soleada y ondulosa pradera que habían bordado unas monjas de Prato en tiempos de su madre.

El sol asomaba ya por encima del Pincio. Roma empezaba a subirse a aquel azul que recordaba, matizado y calimoso, el del mar. Se había instalado con toda la limpidez en sus pupilas, mientras daba pequeños sorbos a su taza de café. Ésta le temblaba en la mano más de lo habitual. Temió que hubiera envejecido de golpe por el solo hecho de pensar que ya era un viejo.

Un montón de azoteas, cimborrios, aleros y doseletes sacaban el pecho al sol, como si éste les estuviese revistando en una parada militar. En algunas buhardillas y ahorcadas del barandal de algunas terrazas agonizaban unas pobres ropas tendidas.

Tuvo el presentimiento de que aquel aniversario no podía empezar peor, pasó todo el día malhumorado y cuando se quiso dar cuenta era casi de noche: estaba esperando a sus invitados. No habían llegado aún, pero en cualquier momento iban a entrar por aquella puerta.

El primero en llegar no fue un invitado. Venía con prisas.

—Llamé antes. ¿No me oyó usted? Pues llamé. ¡Qué calor! —¿Que no hacía calor? Que se lo dijeren a él—. ¿Las fotos? Conmigo.

Durante medio minuto aquel tornado no había dejado de hablar. Traía las fotografías. Eso estaba bien. Antes de que nadie le hubiese invitado se sirvió un *whisky*, a pesar de las prisas. Eran más de trescientas. Buen color, buenos detalles, buen papel. Corso se lo esperaba peor y el hecho de que fuera mejor, casi le hizo creer que estaba bien. El fotógrafo apuró el vaso de un solo trago, se puso de pie y terminó por desaparecer de su vista.

Ya solo, Corso se entretuvo mirando las fotografías. Para su cumpleaños le hubiera gustado otro plan. Habría dado cualquier cosa por liberarse de aquella cena, pero Marcello Lamprese, su galerista, había sentenciado:

—Será divertido.

No sabía Corso si el galerista vendría acompañado de su mujer. Cuando una cosa no se sabe, se supone o se teme. Corso se lo temía.

—No sé por qué le tienes esa manía. Olga es muy divertida y además te quiere mucho —había terciado conciliador.

Olga Lamprese era un poco mayor que Marcello, no se llamaba Lamprese sino Capri y no estaba casada con él. Ésa era la verdad, pero se hacía la ilusión de que era más joven que Marcello y estaba convencida de que ella y Lamprese eran marido y mujer desde el día en que se habían asociado. En realidad todas aquéllas eran fantasías de Olga, hongos parásitos que crecían a expensas de la sagacidad y buen juicio que demostraba para otras cosas, como

por ejemplo, los negocios. De aquella seta alucinógena se alimentaba Olga cada mañana, porque el caso es que Lamprese seguía viviendo con su mujer legítima, no tenía intención de dejarla y ni el propio Lamprese creía una palabra cuando le daba esperanzas de un divorcio.

El mismo nombre de Olga bastaba para representarla. Olga era como el universal, el molde de todas las Olgas posibles y Corso se la representó como era.

Acababa de entrar en los cuarenta. Se conservaba bien, pero aquí y allá empezaban a menudear los indicios de que el tiempo, como decía un filósofo, no perdona. Alta, delgada, resultaba vistosa. La cabeza parecía concebida por un cubista. No había en ella frente o mentón o pómulos como en el resto de las cabezas, sino planos, tajos, secciones muy bien cortadas de una dureza mineral. El pelo, peinado siempre con sofisticadas permanentes, tenía la función de disimular con las ondas, las volutas y la ayuda de las lacas toda aquella geometría de pedernal.

Se hubiera creído que una cabeza así tenía algo que decir, pero esa sospecha se desvanecía en cuanto su propietaria despegaba los labios. Los ojos, de un verde esmeralda transparente y hermoso, aunque frío, parecían prisioneros en una red, en una finísima malla de arrugas y patas de gallo. No eran todavía muy ostensibles ni pronunciadas, pero resultaban una seria advertencia de que ya no era joven. En cuanto a la boca, sólo dos palabras: no tenía. Había algo, sí, que cumplía esa función, pero no eran labios, sino una raya, una línea vagamente rosada, un trazo descolorido por el que en cualquier momento hubiera podido aparecer la lengua bífida del lagarto. Algunos hombres la encontraban deseable, pero Lamprese la trataba a patadas. Ella aparentaba no darse cuenta, porque estaba convencida de que el gran mundo, el copete, era eso: no darse jamás por aludida. Todo aquel acto de teatro que ambos representaban al día unas quince o veinte veces no era más que un acuerdo. En público Lamprese la humillaba con saña. En privado su

socia y amante le torturaba con mil venganzas de un refinamiento chino. Los dos consideraban aquellas grescas el combustible de la relación, la leña que mantenía encendido su apasionado fuego.

Olga llevaba siempre unas blusas de seda que denotaban cierto buen criterio en asuntos de moda. Le gustaba escotarse con audacia y presumir de cuello fino, para lo cual y a modo de reclamo, hacía colgar en él perlas o cadenitas de oro, corales o camafeos. No se sabía cómo, pero conseguía en todas las estaciones estar muy bronceada, lo que le quitaba años y le añadía arrugas.

En público se mostraba segura, se conducía con aplomo y hacía alardes de una refinada mundanidad. Era mundana, de acuerdo, pero no había conseguido tener clase, su sueño, la culminación de sus aspiraciones, aunque se conducía entre la gente con estudiada naturalidad. Naturalidad, se decía, he ahí el secreto de los príncipes. Las consecuencias eran calamitosas y sus coladuras y planchas de campeonato.

Corso llevaba mal de ella sobre todo sus delirios de grandeza: no hablaba nunca de reyes, sino de "testas coronadas" y como lo que más le atraía en este mundo era cuanto tuviera que ver con la sangre azul, creyó durante mucho tiempo que una enfermedad coronaria era una dolencia regia y aristocrática, como lo fue la gota o la hemofilia en otros tiempos. Desengañarla de todas aquellas ilusiones hubiera requerido un maestro paciente, pero nadie se había tomado hasta entonces ese trabajo con ella.

Corso creyó que habían llamado a la puerta, pero resultó no ser nadie. A Olga el tiempo la había vuelto más prudente, sin embargo, y menos ignorante, pero no menos cruel. Con los débiles y vulnerables se mostraba inflexible. Atacaba siempre, jamás solía retroceder y era frecuente ver sus palabras manchadas de piltrafas. En una de aquellas novelorías suyas se veía en señero alcotán, en azor. Un pájaro cetrero y heráldico. Era justamente lo contrario, pero

conseguía disimular la verdadera naturaleza de su carácter detrás del movimiento nervioso de sus pestañas. Por lo demás, era evidente, le gustaba ser así, bastarse a sí misma. A pesar de eso había entrado en los cuarenta como quien pisa un campo de minas.

La tarde se retiraba de la ventana. Corso, hundido en un gran sillón de orejas se había quedado dormido. Se avecinaba la noche y una luz azulada y oscura se detenía, dibujándolos al carbón, sobre muebles y espejos, en los cuadros de las paredes y sobre los libros de una pequeña estantería. La tela roja que cubría un testero se iba espesando en rojos cada vez más intensos, más negros, de azafrán seco. La habitación estaba en una penumbra misteriosa y triste. El último sol, un eco hecho de panes de oro, se había quedado prendido en la tulipa de la lámpara de pie. No había sido justo con Olga. Aquella lámpara que representaba La Aurora se la había regalado ella.

—Santa Lucía, la patrona de los ciegos —dijo más ancha que un catedrático.

En una mano La Aurora levantaba la antorcha, la oriflama de la luz y con la otra rechazaba a La Noche, representada en una joven nubia echada a sus pies y con los ojos vacíos. Apenas duró unos pocos minutos ese dudoso reflejo del sol en la ninfa de la lámpara. Primero fue un resplandor opalescente, luego se oscureció y terminó por desaparecer. Quedó todo sumido en la penumbra.

Esta vez el timbre sonó de veras como una verdadera descarga eléctrica. Corso se sintió sacudido. Había anochecido tan de prisa que dentro ya no se veía nada. Encendió la lámpara, la luz le hizo daño y tuvo que dejar los ojos detrás de unos párpados tan contraídos que parecían tronearas. No pudo evitar que las fotografías que tenía entre las manos se le cayeran al suelo y acudió a abrir la puerta.

A las dos horas, después de una cena poco memorable, las fotografías volvían a pasar de mano en mano por todos los invitados.

CAPÍTULO SEGUNDO

Algunos protagonistas. Un falso verdadero o un verdadero falso. El carro de los sueños. La ragazza non aveva nessuno, melancólica canción de carromato.

Estaban Olga y Marcello, Fiorella y su marido y Arnello y Corso. Marcello de vez en cuando y asistido por el espíritu de los vapores etílicos, pontificaba sobre el arte, la política y la humanidad, dejándolo todo impregnado de un repugnante olor a cigarro habano. Cuando no, dormitaba y el puro se le apagaba. Olga sabía agradecerle esta tregua en público e incluso se ocupaba de que su vaso no estuviera vacío.

Las fotografías pasaban por las manos de Olga como camisas de seda de las que alabase el estampado, la hechura o el precio. Para ella el arte no era en el fondo más que un estampado que se llevaba un año sí y otro no.

—¡Cómo es, cómo es! ¡Son divinos!

Cambió de pronto la expresión de la cara, hizo un mohín de seriedad con la nariz y ella, que sabía siempre cómo superarse, dictaminó muy campanuda:

—Aquí hay mucha pintura. Aquí no estamos frente a un pintor. Esto es otra cosa.

Se produjo un silencio. Nadie se atrevió a romperlo, porque nadie se aventuró a preguntar de qué otra cosa podía tratarse. Tenían miedo de preguntárselo y no tanto por

lo que podían escuchar, como por lo que ella sería capaz de decir. De modo que después de dejar a la esfinge con aquel enigmático secreto, las fotografías siguieron circulando de mano en mano.

El marido de Fiorella hacía tiempo que se había dormido y si no fuera porque roncaba sin ningún recato, era la viva imagen del pensador, del filósofo. Apoyaba la cabeza sobre una mano, hasta que el sueño le vencía de tal manera que se le desplomaba de golpe. Entonces la enderezaba con una sacudida y miraba a la concurrencia con cara de asombro. Sonreía y cuando se percataba de que nadie reparaba en él, volvía a las andadas. Los ronquidos no tardaban en aparecer, el aire se le escapaba de los labios como por debajo de una puerta mal cerrada y aquel silbido de bala se hacía seguir, al cabo de unos segundos de trayectoria, por una pequeña explosión de los pulmones. Un pequeño batacazo, un minúsculo estertor, como si el proyectil hubiera caído lejos. Fiorella le miraba por encima con desprecio poco disimulado, mezclado de un vago temor. Seguramente un día había estado enamorada de aquel hombre.

Miraban las fotografías aburridos. Algunos como Arnello hacían esfuerzos por mantener las mandíbulas en su sitio y reprimir los bostezos.

Toda una vida de trabajo. La exposición, en opinión de los Lamprese, iba a resultar un acontecimiento. Primero lo afirmaban. Luego, poniéndolo en futuro, lo dudaban y por último, cuando la carcoma de la incertidumbre les hacía temer que fuera un fracaso, lo exigían, lo reclamaban.

—Ahora no van a tener más remedio que reconocerlo —puntualizaban, sin embargo, con un asomo de misericordia hacia todos aquellos que no habían comprendido todavía no tanto el gran artista que podía ser Corso, como lo geniales que resultaban ellos descubriéndole al mundo su talento.

Los cuadros tenían todos un mismo clima, un mismo aire de familia. La pintura de Giulio Corso se veía bien que era

de una sola mano. Esto a la larga no había hecho más que traerle problemas.

—¿Por qué no cambias algo? —le había insinuado Olga, a la que en el fondo aburrían ya tantos paisajes.

—¿Para qué?

Arnello empezaba a hartarse de aquella fiesta de cumpleaños y estaba pendiente de que se produjera la menor fisura, la grieta más estrecha por donde poder escapar sin llamar mucho la atención. El marido de Fiorella roncaba como un energúmeno y Lamprese, francamente borracho, interpretaba en aquella música de cámara el bajo continuo. La mujer de uno estaba sombría. La del otro, en cambio, se exhibía triunfante y no paraba de hablar:

—¡Cómo son! ¡Cómo son! ¡Son una idealidad, no parecen ni cuadros!

Ante aquella nueva frase de la esfinge todos se quedaron estupefactos. Eran grititos estridentes y agudos que sonaron como los treinta denarios de plata que Judas arrojó en el Templo. A Olga, en cambio, le pareció que se exigía más de ella:

—Son —añadió— únicos. —Descansó.

Se les selló a todos la boca con lacre. Arnello se puso de pie. Le siguió Fiorella, que tiró de una manga de su marido.

Mientras, Giulio Corso, que no había abierto la boca en toda la sobremesa, observaba una de las fotografías. Se la acercó y se la alejó repetidas veces, como si tratara de focalizarla mejor.

—Este cuadro no es mío —soltó.

Los que no estaban o borrachos o muy dormidos le miraron sin comprenderle.

—Este cuadro no lo he pintado yo —insistió.

Volvieron a sentarse todos, con el evidente desagrado de Arnello. La fotografía pasó de nuevo de mano en mano, se creó en un instante un silencio sacralizado y nadie se atrevió a hacer comentario ninguno.

—Que llamen al fotógrafo —le exigió a Olga.

Aquello no era una broma. Precisamente por eso Olga temió que tuvieran que avisar al fotógrafo.

—¿Pero tú sabes la hora que es?

—Me da igual —cortó con despotismo Corso—. Dile que venga. Al fin y al cabo tú lo contrataste.

Con la disculpa de la llamada se armó un pequeño revuelo y Arnello se despidió, se metió en el ascensor y se perdió en el hueco de la escalera. Le acompañaban Fiorella y su marido. Dejaban el campo libre a los negocios, porque al fin y al cabo aquello eran negocios.

Hubo que sacar al fotógrafo de la cama. Mandó al infierno a Giulio Corso, a Olga Lamprese, a su marido y a las fotografías. “A mí nadie me da órdenes y menos a estas horas. No iré. Hasta ahí podíamos llegar”. A continuación tomó un taxi.

Cuando llegó, examinó la fotografía con detenida mirada de experto. Empezó titubeando, como el médico que no sabe encontrar el rodeo adecuado para dar una noticia fatal, consciente al tiempo de que esa misma vacilación habrá de ser interpretada más tarde por el paciente como la debilidad de la mentira que han intentado colarle.

—La foto, desde luego, es mía. De eso no hay duda.

Arqueó una de las cejas y compuso el gesto de sostener el monóculo de la ciencia.

—Ahora bien...

Olga, y sobre todo Corso, aguzaron los oídos, dispuestos a no perder ni un ápice de cuanto se les dijera.

—Aunque claro... No, no... Podría ser...

Eran frases vacías, dichas al tuntún, sin pensar en nada. Cuando al fin se decidió, dio a sus palabras el énfasis no de una opinión o un juicio, sino de un diagnóstico:

—Yo de otra cosa no sé, pero de fotografía lo sé todo y este cuadro es de Corso.

—Un falso —apuntó Olga—. Eso es, una falsificación.

Por ella ya había encontrado la solución, podía respirar tranquilo Corso y podían irse todos a la cama.

—Esto es mucho mejor que un falso y si es un falso, es más verdadero que los míos.

Mandó a todo el mundo a sus casas y él volvió al salón, apagó todas las luces menos la que sostenía en alto La Aurora y bajo aquella llama acogedora y dorada se puso de nuevo a mirar las fotografías.

Fue pasándolas una a una. Por primera vez en su vida miraba aquellas pinturas suyas como si no fueran más que un conjunto de armatostes, de trastos. Cada una le recordaba un año, una fecha, un lugar. En cada cuadro miraba un sol antiguo, unas golondrinas, los veranos pasados, todo cuanto no habría de volver. Aquel sentimiento que había experimentado muchas veces le sumía normalmente en la melancolía. Pero aquella noche no. Miraba su obra como la baraja de unos cartones sin vida.

Eran pinturas de cosas sencillas. En muchas se repetía el tema y eso era lo que hacía que su galerista creyera que se copiaba a sí mismo. De la iglesia de Castelmaggiore había al menos dos docenas. Una de esas telas representaba la iglesia en primavera, con los cerezos del huerto parroquial en primer plano, lo que producía un efecto digamos religioso, porque la iglesia se veía detrás de aquellas ramas como a través de un gran vitral hecho de flores blancas y rosas. En otros cuadros se veía la iglesia en invierno. Así ocurría en uno en el que la fachada principal llenaba toda la tela. La nieve se había posado en las gradas de piedra, en la plaza y sobre la manta con que un carretero había cubierto a un penco color ceniza. Había también vistas de la iglesia desde una loma. Entonces la iglesia destacaba a lo lejos, con sus agujas al gusto bretón, al lado de dos grandes moreras. En otro, pintado en el verano del 47, se veían estas mismas moreras. Las moras maduras habían caído al suelo, algunas estaban intactas, pequeños azabaches que se hubieran soltado del engaste, pero otras las habían pisado y

habían teñido las grandes losas de un color ebrio y perfumado, no se sabía si negro o un azul muy oscuro.

Miró todos aquellos cuadros como a pobres criaturas, hospicianos y huérfanos. Al cabo de media hora se atrevió a enfrentarse una vez más con la fotografía del único que le interesaba. Habría cambiado todos por ése. Lo miraba imantado, emocionado incluso. Notó que el vello se le erizaba ligeramente sobre los brazos y sintió dentro de sí una rara emoción, mezcla de alegría y temor. Estaba triste. Aquel había sido un día gris. Tuvo la sensación de haberse dado de bruces con el otro que uno anda buscando toda la vida. Lo tenía delante. Todo el camino que había recorrido durante cincuenta años, los más de quinientos cuadros que había pintado, los sinsabores, la soledad, los fracasos y cuanto hace distinto a un artista del resto de los hombres, le había arrojado, por fin, a aquel pedazo de tierra prometida. Nadie se la disputaba. Para él solo... Sólo que él sabía que aquella Jerusalén no le pertenecía.

Esa noche le costó dormirse. Tenía los pies fríos y notaba húmedas las sábanas. Al cabo de una hora lo consiguió. Tuvo sueños de viejo, descabellados y absurdos. Soñó que era un muchacho y que asistía a una función de circo. En sus sueños sonaba una música de acordeón, una serenata:

La ragazza non aveva nessuno.

Era una voz muy blanca la que cantaba. Al terminar la función salieron todos de la carpa. Fuera llovía, las calles estaban encharcadas y en algunos sitios había barro. Él miraba el suelo para no pisar los charcos, pero cuando levantó la vista vio un carromato que pasaba a su lado dando tumbos entre las piedras del camino. Iban en él los feriantes. Era un carromato muy vistoso, tenía pintadas las atracciones en grandes frescos y en unas letras de fantasía se leía: "L'Universo". Miró y le extrañó sobre todo verse a sí